
La Viuda del Grande Hombre

Joaquín Dicenta

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8162

Título: La Viuda del Grande Hombre

Autor: Joaquín Dicenta

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 2 de febrero de 2024

Fecha de modificación: 2 de febrero de 2024

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Viuda del Grande Hombre

Así la llamábamos todos. Ni el Juzgado municipal, ni el cura, intervinieron en la unión de la gran mujer y el gran artista. No les hizo falta; ella tenía sobrada hermosura y él sobrado entendimiento para burlarse de rutinas y gritar, encarándose con el mundo: «Hacemos lo que nos da la gana. Habla tú lo que te dé la gana también».

Los artistas jóvenes de aquella época teníamos aún la pícara costumbre de admirar y de respetar a nuestros antecesores: costumbre que hoy, afortunadamente para el progreso del arte, de la independencia y de la vanidad va desapareciendo en España. Admirábamos, respetábamos a los *viejos* ilustres y como a ningún otro al poeta insigne que remozaba sus cincuenta años y sus blancos cabellos con el mirar de sus ojos vivos, con el sonreír de su boca alegre y con sus partos de producciones cada vez más apasionadas y viriles.

Entre los admiradores del maestro, figuraba como uno de los primeros yo. El poeta me favorecía con su amistad; rara era la noche en que no acudía a su casa para deleitarme con los donaires de su conversación o recoger las primicias de sus poemas.

Declaro, honrada y lealmente, que la belleza de Margarita no entraba por nada en mi asiduidad. Ni sentí por ella otros deseos que los inconscientes, propios a mi condición de macho, ni ella me hubiera permitido sentirlos tampoco.

Margarita adoraba al maestro; y, no obstante la diferencia de edad —ella tenía veinticinco años—, hubiera sido difícil hallar compañera más enamorada y más fiel de un hombre; aun entre las que pasan por el Juzgado municipal y reciben la bendición de un cura.

Bien es cierto que siendo Margarita mujer en quien el talento hacía a la hermosura triunfal competencia, y necesitando, por tal causa, proporcionar goces a algo más que a sus sentidos, hubiérale resultado punto menos

que inconseguible hallar quien la satisficiese tan por completo como el maestro, que se conservaba fuerte de nervios y de músculos y omnipotente de corazón y de sesera.

Como maestro que vierte delicadamente sobre sus discípulos consejos y enseñanzas, como discípulo que con religioso fervor bebe esas enseñanzas y esos consejos, encantadora musa de aquel delicioso Parnaso, nos congregábamos todas las noches, el grande hombre, Margarita y mi humilde persona, en un gabinetito que daba sobre el jardín, para que el aire perfumado lo penetrase en las noches de estío; para que las ramas de los árboles golpeasen sus vidrieras durante el invierno con objeto de pedirle hospitalidad.

¡Hermosas e íntimas conferencias que presidía el retrato del maestro, puesto encima de ancho diván turco. Un retrato hecho al lápiz, donde aparecía el poeta transparentando su alma en el mirar de sus ojos abrigados por la experiencia, en la sonrisa indulgente de sus labios, dulcificada por el conocimiento de los hombres y el mundo!

* * *

El maestro murió. Murió como había vivido, sonriendo y esperando en el porvenir. La pena de Margarita fue grande, sincera, sin gritos, exteriorizada con silencioso llanto, que caía lágrima a lágrima por su rostro encuadrado en la rizosa cabellera y se perdía en las morbideces de su pecho oculto tras una bata negra. Durante un mes quiso estar sola con su pena. A su término volvió a recibir a sus amigos y volví a frecuentar yo el elegante gabinete construido sobre el jardín lleno de flores.

Otro mes entero, noche a noche, se nos pasó hablando del maestro. Ella recordaba sus bondades, su grandeza de alma, su poderío intelectual, su hermoso corazón, que le labró un paraíso dentro del hogar; su genio, que le construyó un trono fuera de él. Yo evocaba su obra, recitando sus versos, enumerando sus proyectos deshechos por la muerte, entonando un leal himno de alabanzas y admiraciones frente aquel retrato que parecía bendecirnos con sus ojos llenos de luz y su sonrisa llena de bondad.

Al mes siguiente hacíamos paréntesis egoístas a nuestro dolor; durante esos paréntesis desplegaba ella las gracias de su ingenio peregrino y sutil, me atrevía yo a leerle mis trabajos, mis primeros balbuceos de artista; ella

los escuchaba siempre con gusto, a veces con sincera e íntima convicción.

Y llegaron noches en que ya no se habló del muerto. ¿Era que le olvidábamos?

No; era que la vida, sobreponiéndose a la muerte, reclamaba sus indestructibles derechos.

Y una noche, noche de estío, en que la lámpara teñida de azul descolgaba sobre nuestras cabezas rayos melancólicos y las flores del jardín nos mandaban por las entreabiertas vidrieras perfumes revueltos con el aire primaveral, hablamos de nosotros, de mi porvenir, de su solitaria existencia, de nuestra juventud, de su hermosura yo, de mi entendimiento ella; e ignoro cómo, pero mis manos cogieron las suyas y mis labios arrebataron de los suyos el primer beso.

Con los negros ojos entornados y febril el aliento que levantaba su seno con voluptuoso vaivén, cayó ella sobre el diván turco.

Mis ojos se clavaron en el retrato del grande hombre. Sus pupilas me contemplaban con noble dulzura; su indulgente sonrisa pareció decirme: «Era preciso. Sois jóvenes: amaos; tenéis derecho a ello. Amaos; disfrutad de la juventud. Yo presidiré vuestras bodas».

Joaquín Dicenta



Joaquín Dicenta Benedicto (Calatayud, Zaragoza, 3 de febrero de 1862 - Alicante, 21 de febrero de 1917), periodista, dramaturgo del neorromanticismo, poeta y narrador naturalista español, padre del dramaturgo y poeta del mismo nombre y del actor Manuel Dicenta.

Estrenó su primer drama en 1888, gracias a la protección de Manuel Tamayo, y escribió numerosas novelas, cuentos y piezas de teatro en prosa y verso. También escribió poesía, aún por recopilar y estudiar, y en su poema Prometeo de 1885 declaró ya su ateísmo. Tras un breve y

frustrado matrimonio, la sociedad le marginó a causa de haberse unido a una mujer gitana, la bailaora andaluza Amparo de Triana, que abandonó la profesión para vivir con el altivo, independiente y pendenciero poeta. Su suerte cambió con el éxito internacional de su drama Juan José que, habiendo sido rechazado por la compañía de Ceferino Palencia y María Tubau, llegaría a ser una de las obras más representadas en España antes de la guerra civil. Así, el 11 de noviembre de 1895 recibió un homenaje de los literatos y periodistas madrileños. En 1889, Dicenta fundó con Ruperto Chapí la Sociedad de Autores, entidad precursora de la Sociedad General de Autores y Editores.